

P. WENTWORTH

5 pts.

LA CASA FATAL

NOVELA COMPLETA: Una sombra agorera, de pesadilla y crimen, parece envolver la ruinoso casa antaño. Cuatro de sus habitantes sucumben bajo la influencia de esa sombra fatal, en tanto que la perspicacia de una mujer desearada la complica trama de los misteriosos asesinatos.



Judy Elliot, al encontrarse con un viejo amigo, el sargento detective Abbott le dice que, tras hacerse cargo de la custodia de su pequeña sobrina, huérfana de madre, ha aceptado un trabajo en el campo con una familia llamada Pilgrim. Frank está consternado, ya que allí han tenido lugar unas misteriosas muertes. Una sombra agorera, de pesadilla y crimen, parece envolver la ruinoso casa de Pilgrim's Rest y para cuando Miss Silver investiga cuatro de sus habitantes han sucumbido bajo la influencia de esa sombra fatal.

CAPÍTULO I

Judy Elliot acababa de bajar la escalera en que desemboca Piccadilly Circus, cuando sintió que alguien la asía por debajo del hombro. Como evidentemente se trataba de una mano masculina y la chica no se encontraba dispuesta a sostener un cara a cara con nadie en plena soledad nocturna, Judy apretó el paso al principio, y cuando se convenció de que con ello no adelantaba mucho se volvió para decirle cuatro frescas al que fuese.

Pero no dijo «esta boca es mía». La mirada intimidadora que tenía preparada para fulminar al desconocido se cambió en otra de agrado. Inclino la cabeza, sonrió para un hombre joven vestido de azul oscuro, que llevaba al cuello una corbata discreta, y exclamó:

—¡Frank!

El detective Abbott produjo una pobre imitación de lo que era en él habitualmente una cínica sonrisa. De hecho se sentía un tanto intimidado ante la reacción de su corazón, en un momento como aquél; su corazón funcionaba de ordinario como un reloj, pero, esta vez, demostró tener una gran capacidad de emoción. Cuando no se ha visto a una chica durante todo un año, cuando no se ha obtenido respuesta a las cartas y cuando, finalmente, se ha convencido uno de que aquel interés que sentía por ella era más bien una ilusión, una cosa que pasó a la historia, resulta un tanto desconcertante ver que, al fin y al cabo, se comporta uno como un vulgar niño de escuela, enamorado. Ni siquiera se hubiese atrevido a jurar que no se había sonrojado, y, lo que es peor aún, estaba comenzando a sentir que, estando Judy allí delante, todo lo demás importaba muy poco.

Él continuaba sonriendo y ella inclinando graciosamente la cabeza, lo cual se hacía necesario a causa de la diferencia de estaturas. Su barbilla era firme y bien dibujada, el rostro al que pertenecía, agradable, más que hermoso, la boca amplia y curva, los ojos de un cierto color deslavazado, pero muy expresivos. En aquel momento aquéllos comenzaban a sorprenderse. ¿Qué diablos estaba pensando Abbott, allí plantado como un...? Le cogió por el brazo y le increpó:

—¡Vamos, hombre, despierta!

Él pareció volver en sí con una sacudida. Si algún otro le hubiese dicho lo mismo, la reacción habría sido totalmente diferente; seguramente se hubiera reído ante las mismas narices del sujeto en cuestión. Pero, finalmente, se le soltó la lengua y comenzó a hablar:

—Es la impresión. Debes hacerte cargo. Tú eres la última persona a quien yo podía esperar ver por la calle.

La mirada de ella se volvió severa.

—¿Quieres decir que pensabas que habías cogido por el codo a una chica cualquiera y que ahora te das cuenta de que era yo?

—No, mujer. Me la podía cargar con mis jefes si se enteran de que voy haciendo esas cosas por la calle. Además, te aseguro que cuando me pongo a ello estoy preparado para hacer frente a lo que resulte. Pero dime, Judy, ¿dónde has estado en todo este tiempo?

—En el campo... Pero oye, que estamos obstruyendo el tráfico.

Él la tomó por el brazo y se refugiaron en el extremo de la acera.

—Bueno, pues esto es un hecho. Pero ¿por qué no respondiste a mis cartas? —luego se arrepintió de haberlo dicho, pero ya era tarde.

—¿Cartas? Yo no recibí ninguna.

—Pues te escribí. ¿Dónde estuviste? Dime.

—Por muchos sitios. Primero con la tía Cathy, hasta que se murió; después en el servicio.

—¿Te llamaron?

—No, me hice cargo de Penny; la pobrecita no tiene ya a nadie.

—¿Quién es Penny?

—La niña de mi hermana Nora. Ella y John murieron en un raid de aviación. Por ellos no importa mucho, pero a la pobre niña la han dejado desamparada.

Su rostro expresaba un cierto pesar. Miró hacia el fondo por encima de él.

—Lo siento —dijo Abbott—; no sabía... ¿Qué vamos a hacerle?

—No, nada. Ya no me preocupa, te lo advierto. Además, tengo a Penny. Aún no tiene cuatro años y no hay nadie que pueda cuidar de ella; por eso me he encargado yo. ¿Y tú? ¿Qué haces?

—Pues ya ves, chica: tirando.

—Es mala suerte la nuestra; yo tengo que ingeniármelas para dar de comer y cuidar a la niña. Vivimos en compañía de Isabel March, que hoy come fuera de casa, y por esta razón no me atrevo a retrasarme. Me dijo que si no tardaba en volver se quedaría con Penny hasta que yo volviese de compras.

Él seguía sujetándola por el brazo.

—Espera un momento. No te desvanzcas hasta que no nos hayamos puesto de acuerdo en algo concreto. ¿Quieres comer conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—No, Isabel sale hoy. No quedaría nadie en el piso. No puedo dejar sola a Penny. Y si te atreves a decir lo que estabas a punto de decir, ya no volveré a hablar contigo en mi vida.

Hubo un suave brillo sardónico en sus ojos claros mientras él decía:

Seguramente es un angelito, la pobrecita; no sabes cuánto adoro a las criaturas...

Judy rompió a reír.

—¿Es que en Scotland Yard no os enseñan a mentir con un poco más de naturalidad?

—No, no nos enseñan a mentir en absoluto. Todos somos allí muy distinguidos. Mi jefe es miembro de una congregación religiosa. Si tu Isabel March come hoy fuera, podríamos cuidar juntos de Penny.

—Se dormirá. Sí, estaría bien; yo haría una tortilla para los dos.

—¿A qué hora?

A pesar de todos sus esfuerzos de autocontrol, su voz denotaba una gran ansiedad. Habían sido amigos, pero ya no lo eran. Habían comido juntos, bailado juntos. Hasta que ella tuvo que volver junto a la pobre vieja tía Cathy y no le volvió a escribir ni trató de comunicar con él por ningún medio. Él, al parecer, sí le había escrito. Judy se preguntaba si Abbott no sería de esa especie de gente que, en cuanto le pierde a uno de vista ya no piensan más en él, porque, de ser así, a ella no le interesaba en absoluto su compañía. Aquella voz emocionada después de un año de ausencia... Y no era Abbott de esos que se emocionan con facilidad. Registrando en su memoria, le veía como un joven elegante, cuyas maneras le hacían parecer un tanto hastiado de las cosas.

Comenzó a arrepentirse de haber dicho lo de la tortilla. Después de todo, ¿qué objeto tenía el de introducir en su vida a aquel elemento de disturbio? Ella no tenía tiempo que dedicar a los amigos jóvenes, en parte porque era preciso cuidar de Penny, y además, porque había que encontrar trabajo como doncella de alguna casa rica. Hubo un momento en que deseó evadirse de todo aquello, huir. Pero entonces precisamente se puso por en medio la voz del sentido común, con uno de sus argumentos más insidiosos: «¿Qué más da por una tarde, mujer? Un día es un día...».

Sonrió conciliadoramente a Frank.

—A las siete y media en el número tres de Raynes Court Buildings, en Cheriton Street —le dijo.

Y se alejó a paso rápido.

CAPÍTULO II

Cuando no se tienen más que cuatro años, irse a la cama es una operación muy importante. La señorita Penny Fosset, por lo menos, lo celebraba como quien celebra un hito. Cuando se intentaba apresurar la cosa u omitir alguna de las ceremonias precisas, el fracaso era rotundo. Ella se limitaba a decir, con una meliflua sonrisa:

—Anda, hazlo otra vez.

Los intentos de Judy para hacerse temer y respetar eran concienzudos, pero no siempre se veían coronados por el éxito. La transgresora era demasiado mimosa y dulce. En el preciso instante en que Judy se disponía a poner cara seria, la cría decía con su media lengua y su sonrisa traidorzuela:

—Tero a Judy.

Y le rodeaba el cuello con sus bracitos diminutos.

Aquella noche, concretamente, el baño fue particularmente largo. Isabel trajo del desván de la vieja casa de campo de su madre un pato de goma. Penny se pasaba con él las horas muertas, y cuando por fin era posible arrancárselo de las manos, ya no quedaba tiempo para ninguna otra cosa. Aun cuando no se sienta más que una suave indiferencia hacia un muchacho siempre resulta agradable peinarse bien y arreglarse un poco la cara antes de que llegue. Y además, es difícil bañar a una criatura sin despeinarse y desordenarse el vestido. Nanny sabía hacerlo sin que lo notase después, pero eso, como todas las buenas cosas, ha desaparecido desde la guerra. El hecho es que cuando Judy concluyó con todas aquellas cosas y se sentó en el borde de la cama, estaba calada y desarreglada por completo.

Costó algo así como un cuarto de hora el convencer a Penny de que había que portarse bien. Y, después de todo, no valió la pena, porque cuando llegó la hora de decir amén, se oyó un «mu» final que lo estropeó todo.

Judy hizo como que no lo oía y se fue a arreglarse un poco al cuarto de baño. Llegaba a la conclusión de que jamás había estado tan vulgar como entonces, cuando se oyó el timbre y le fue preciso salir a abrir a Frank Abbott, que venía a cenar.

Hicieron juntos la tortilla en la cocina relámpago de Isabel. No hay nada como las faenas caseras para romper el hielo. Cuando él hubo puesto la mesa y ella le hubo llamado idiota por haber tirado la mantequillera se podría creer que ya llevaban varios años de casados. La tortilla, además, estaba estu-penda y muy bien hecha. Franz le dijo todo esto, y más aún. Ahora parecía dueño de sí, hablaba con una gran soltura, pe-ro, a pesar de todo, si pensó hacerla sonrojarse se quedó con las ganas de ello. Miss Elliot convino en lo de la tortilla con perfecta medida y calma.

—Sí, a pesar de todo, podía estar mejor.

—No creo.

Ella le ofreció salsa de tomate.

—Mira —le dijo— es semejante a esta salsa. Si la tuviésemos que tomar todos los días, durante cuarenta o cincuenta años, al poco tiempo nos cansaríamos de ella, cuando ya no hubiese remedio.

—¡Hija mía, me estremeces! Te aseguro, por mi parte, que yo sé dar a esta salsa, por lo menos, treinta sabores diferentes, como dicen todos los confiteros y fabricantes de jaleas; y además, si te parecen pocos, puedes mezclarlos entre sí.

—Gracias —sus palabras y su tono eran humildes. Sus ojos, sin embargo, se burlaban de él.

—Mañana nos vamos.

—¿Nos?

—Sí. Penny y yo.

—¿A dónde?

Segura de que, por fin, pisaba terreno firme, Judy se rehízo. Volvió a sonreír y se la dibujaron en el rostro unos bonitos hoyuelos.

—Voy a ser doncella.

—¿Cómo!

—Sí, doncella. Es en una aldea muy agradable y muy segura para Penny. Hasta la fecha, la cifra de mortalidad registra solamente una cabra que murió en un campizuelo, cercano a la aldea.

—¿Dijiste doncella?

—Sí, eso dije. Y si me vas a decir que yo valgo para bastante más, que es lo que me dice todo el mundo, es porque no has probado suerte, y yo, en cambio, sí. Si no fuese por Penny, podría elegir entre cientos de empleos: pero si no me hubiera hecho cargo de Penny, me hubieran llamado a hacer el servicio. Y quiero mucho a Penny. Además quiero que se quede siempre conmigo. Ten en cuenta todo esto, porque es importante; de ello deducirás fácilmente por qué me hago doncella; no hay más remedio que trabajar en lo que sea. Fíjate qué divertido es todo esto: el policía y la doncella, comiendo juntos.

Frank la miró. Estaba serio.

—¿Crees que es tu deber?

Judy asintió.

—Sí. Debo, no tengo un céntimo. La tía Cathy vivía de una pensión, aunque nadie lo sabía. Cuando pagué todo lo que se debía, ya no quedaba un céntimo. John Fosset no tenía otra cosa que su sueldo; por tanto, a Penny no le queda otra cosa que una pensión insignificante, y esa quiero ahorrarla para que así, más tarde, tenga con qué pagar sus estudios.

Frank desmigaba un pedazo de pan. ¿Qué derecho tenían John y Nora Fosset a morir en un raid de aviación, dejando que Judy se las arreglase con su retoño?

—¿A dónde vas? —preguntó con voz enfadada.

Judy se sentía satisfecha de sí misma. Quitó el pan y le dijo que no desperdiciara las cosas de comer. Luego respondió a su pregunta.

—Es un nombre muy bonito. Penny y yo viviremos con la familia, porque..., bueno, porque sirvo, al mismo tiempo de cocinero y de mayordomo, reunido en una persona. Son dos Miss Pilgrim y un sobrino inválido, y la casa se llama «Alivio de

Peregrinos» (Pilgrim's Rest). La aldea se llama Holt Saint Agnes y...

No dijo más porque Frank golpeó sobre la mesa con el puño cerrado y dijo con una voz alterada que ella no le había oído nunca:

—¡No puedes ir allí!

Judy se convirtió en Miss Elliot. Sin moverse de su sitio, enfrente de él, enarcó las cejas y la expresión de sus ojos indicó que era preciso guardar ciertas distancias. En un tono convenientemente frío preguntó:

—¿Y por qué no?

Frank, sin embargo, no compartía tal frialdad. Las maneras indiferentes y mesuradas que adoptó no le sirvieron de nada.

—Judy no debes ir —dijo, sin poder ocultar su desconcierto—. ¡Haz el favor de no mirarme así! No puedes, no debes ir allá.

—Pero ¿por qué? ¿Qué malo han hecho las pobres Miss Pilgrim? Una de ellas vino a la ciudad a visitarme. Pensé que era una atención encantadora. ¿Las conoces acaso?

Asintió.

—Debió de ser Miss Columba: con ésa no hay nada, al menos eso me parece —se pasó una mano sobre el cabello y se rehízo—. Mira Judy, me gustaría hablarte de todo esto. Recordarás que una vez me dijiste que tengo más primos que nadie en el mundo, y es verdad. Pues bien, la familia de uno de mis primos vive precisamente cerca de Holt Saint Agnes, y conozco a los Pilgrim de toda la vida. Roger y yo hemos ido juntos a la escuela.

—Seguramente que no tuvo él la culpa de eso —dijo ella, con un cierto tonillo en la voz.

—¡No seas tonta! Estoy hablándote en serio. Quiero que me escuches. Roger acaba de volver del Oriente Medio: le cogieron preso los italianos, se escapó, pasó algún tiempo en el hospital, y ahora está licenciado por enfermo. He estado pasando una temporada con mis primos de Holt Saint Agnes y he tratado mucho a Roger —hizo una pausa y la miró fijamente—. Tú no eres demasiado amiga de cotillear, ¿verdad?

Lo que te estoy diciendo no es más que lo que comenta toda la vecindad, pero no me gustaría que Roger pensase que le estoy despellejando a sus espaldas. Es un buen muchacho, quizá un poco raro. Créeme que a nadie diría lo que te he dicho, pero te lo repito una y otra vez, no debes ir allí.

Judy estaba sentada enfrente de él, con los codos sobre la mesa y la barbilla entre las manos. Se le habían coloreado las mejillas, y sus ojos brillaban suspicaces.

—¿Por qué? —preguntó.

Él vaciló, cosa tan desusada que le dejó desconcertado. Aquella fría autoseguridad de la que estaba tan ufano y que le era tan útil, le había abandonado en un buen aprieto. Era algo así como cuando se entra en una casa y se encuentra uno con que todos los muebles han desaparecido. Desconcertado, no encontraba nada para responder.

—Ocurren cosas —dijo finalmente.

—¿Qué clase de cosas?

—Accidentes —respondió él—, o quizá no sea eso precisamente. Roger no cree que lo sean. El techo de su habitación se hundió; menos mal que aquella noche se había dormido sobre un libro abierto en el salón de abajo; de no ser por eso, muere allí. Otra habitación se incendió, estando él dentro, y la puerta se cerró herméticamente para impedirle salir. Por poco perece allí.

—¿A quién pertenece la casa?

—A él.

—¿Él es el sobrino inválido?

—No; ese es Jerome. Es primo suyo, un poco más viejo que Roger. Le hirieron en Dunkerque. No tiene un cuarto. Le recogieron, tiene hasta una enfermera para él solo. Es una familia muy cerrada en sí misma.

—¿Es este Jerome, o Roger..., bueno..., quiero decir que si están enfermos de nervios, neuróticos? ¿Crees que a alguno de los dos le diese por jugarse bromas pesadas?

—Hombre, no sé. Desde luego, no resultaría muy propio, si los dos fuesen normales. Ambas cosas pueden muy bien haber sido accidentes. En el primer caso, resultó que un grifo

quedó abierto, una bañera se sobrecargó, el agua corrió demasiado y se hundió el piso. En el otro fue que Roger se quedó leyendo enfrente del fuego, se durmió. La habitación estaba llena de papeles que había estado examinando antes. Pudo muy bien ser que alguna chispa extraviada...

—¿Esto es todo? —dijo Judy.

En su voz había un cierto desprecio. Eso le llegó a lo más vivo. Había dicho más de lo que se propuso.

—Roger no cree que la muerte de su padre haya sido un accidente.

—¿Por qué?

Frank se encogió de hombros.

—El viejo Pilgrim se fue a caballo, de paseo, y no volvió más. Le encontraron con el cuello roto. La yegua volvió a casa como loca, y el viejo «groom» dijo que tenía una espina bajo la silla. Pero como pasaron por un terreno lleno de matorrales espinosos, la explicación no era difícil de encontrar. Sólo que en conjunto hay demasiadas cosas que explicar, ¿no crees? No quiero que vayas allí.

Ella frunció el ceño, pero en sus ojos no había cólera alguna.

—No es tan fácil. Todo el mundo cree que hay millones de empleos, pero yo te aseguro que no los encuentro; por lo menos mientras quiera guardar a Penny conmigo. Ahora la gente no quiere niños en la casa; se diría que lo que trae una es un tigre, y no una criatura. Además, hay gente que no acaba de creer que Penny no es hija mía. Cuando les hablo de Nora y de John, se sonríen, como diciendo: «Sí, ya conocemos todo eso». He llegado a pensar que lo que hay que hacer es llevar a todas partes el certificado de matrimonio de Nora y el de nacimiento de Penny y aun así, creo que continuarán todos pensando mal. Fue por aquellos días cuando vi el anuncio de Miss Pilgrim, y respondí a él. Me gustó la propuesta y la aldea también, porque es segura y agradable. Además, ya no me era posible volverme atrás en el último momento. Mañana nos vamos. Es inútil, Frank.

Frank aceptó la cosa como venía. Le resultaba penoso, a pesar de todo.

Judy echó hacia atrás la silla y se levantó.

—Te agradezco que te ocupes de estas cosas mías —su tono, otra vez ligero, le hizo comprender que aquella conversación se consideraba concluida.

Cuando hubieron levantado la mesa y limpiado la vajilla entre los dos, aquel sentimiento de violencia e incómodo que había reinado en el ambiente desapareció. A los pocos momentos, ella estaba preguntándole cosas sobre la gente de Holt Saint Agnes, sobre sus primos, etc., y él se ofrecía a escribirles a todos y decirles que la atendieran bien.

—Te gustará Leslye Freyne —dijo él entonces—. Vive en la aldea, a no más de un tiro de piedra de Pilgrim's Rest. Ambas casas están exactamente en la calle mayor de la aldea. Es un buen sitio.

—¿Quién es? ¿Otra de tus primas?

—No. Es la heredera local. Muy tímida y no demasiado joven. Muchísimo dinero y una gran casa. Alberga en ella a más de veinte evacuados. Se iba a casar con un primo de los Pilgrim, pero la cosa no pudo tener lugar...

Había estado a punto de hablarla de Henry Clayton, pero se pudo contener a tiempo. Ella podía creer que lo que él quería era amontonar cosas sobre cosas, y que no le parecía bien. Cambió abruptamente de conversación.

—Si por cualquier casualidad topas con una tal Miss Silver en la casa o en la aldea, me gustaría que recordases que es una buena amiga mía.

Judy le sonrió suavemente.

—¿Qué bien! Cuéntame cosas de ella. ¿Quién es?

Frank se quedó un poco desconcertado. Sus ojos expresaron una cierta perplejidad, y arrastrando la voz, con estudiada indiferencia, repuso:

—Es una y única. Yo me prosterno a sus pies y la adoro. A ti te ocurrirá lo mismo, creo.

Judy encontró esto bastante inverosímil, pero continuó sonriendo, como si estuviese muy interesada, en tanto que

Frank seguía con su panegírico.

—Se llama Maud, como en los poemas de Tennyson, al cual, por otra parte, ella admira fervientemente. Si te atreves a criticarle, ella te perdonará, porque tiene un gran corazón y muy altos principios.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Maudie, la amo apasionadamente. Antes era institutriz, pero ahora es detective privado. Realmente no es contemporánea de lord Tennyson, pero se las arregla bien para producir ese efecto. Ya he dicho a Roger que vaya a verla para convencerla de que se venga por aquí; si lo hace así, yo me sentiré muchísimo más feliz. Pero tú no digas nada de esto, por favor. Yo no sé si vive allí, o si no va a la aldea más que de cuando en cuando; pero de todas formas, tú no hables de esto a nadie.

CAPÍTULO III

Miss Silver tenía la manía de ver la mano de la Providencia en las cosas más nimias. Su primer contacto con los Pilgrim tuvo lugar cuando estaba concluyendo de dar las puntadas finales a un nuevo jersey que pensaba regalar a su sobrina Ethel con motivo del día de su cumpleaños. Esto fue evidentemente providencial, porque si bien pudo trabajar en la prenda con toda tranquilidad, a pesar de todas las complicaciones que un asesinato trae siempre consigo, ya le fue más difícil concretarse sobre un nuevo modelo al tiempo que trabajaba en el jersey. El jersey anual que hacía para Ethel Burketts era de suyo lo suficientemente intrincado para no permitirle enfrentarse con serenidad con un caso criminal.

Ya tenía en la cabeza todas las puntadas que había de dar, el modelo tal y como sería; en fin, todo, cuando el timbre de

la puerta delantera sonó, y Emma Meadows anunció al comandante Pilgrim. En la puerta estaba un muchacho moreno, esbelto, de complexión fornida y ceño fruncido.

Por su parte, Roger Pilgrim se acordó, al verla, de sus tías. Y no era que Miss Silver se pareciese particularmente a alguna de ellas, pero es que tanto ella como todas las cosas que la rodeaban parecían haber sido cosechadas en la misma vendimia. Su tía Malicent, que, de hecho, era su tía-abuela, poseía una sillería de nogal muy elaborada, que parecía hecha a propósito para adornar el piso de Miss Silver; sólo que la tapicería de las sillas de la tía Milly fue en un tiempo verde, en tanto que la de las de Miss Silver acababa de ser repuesta y el color era brillantemente azul.

La misma Miss Silver contribuía a producir aquella impresión hogareña. La vieja tía Collie usaba también el cabello peinado con rizos, a la manera que puso de moda la reina Alejandra, allá por los últimos años del siglo anterior. Las medias de la tía Collie eran muy semejantes. Por lo demás, Miss Silver tenía un aspecto como de ama de casa, con facciones muy precisas y un cabello color ratón prusianamente encerrado dentro de los confines de una redecilla. Como eran las tres de la tarde, Miss Silver usaba una bata de casimira, de esas de antes de la guerra, de un color violeta verdoso, con encajes por delante, muy limpia y fresca. Llevaba igualmente unos anteojos sujetos con una cadena de oro y fijos a la bata con un broche de perlas. Llevaba además una ristra de cuentas de madera de roble muy bien trabajadas, junto con un gran broche del mismo material, que tenía forma de rosa, con una perla irlandesa en el centro. Desde luego, nada de aquello presentaba indicios que pudiesen hacer creer que se trataba de una visita a una detective privada.

Una vez que Miss Silver le hubo estrechado la mano e indicándole una silla, le dedicó esa sonrisa amable e impersonal con la cual, en tiempos pasados, hubiese saludado a un alumno nervioso. A pesar de todo seguía conservando en su trato una cierta atmósfera escolar. Su voz conservaba una nota dulce, pero de indudable autoridad.